



Los días con Felice

Fabio Andina

Traducción del italiano de Ávida Ares

Título original: *La pozza del Felice*

© Rubbettino, 2018

www.rubbettinoeditore.it

© Del texto, Fabio Andina, 2018

© De la traducción del italiano, Álida Ares, 2021

© De esta edición, Festina Lente Ediciones, S. L. U., 2021

Todos los derechos reservados.

Con el apoyo de la Fundación Suiza para la Cultura Pro Helvetia

With the support of the Swiss Arts Council Pro Helvetia

Primera edición: octubre, 2021

Publicado por Punto de Vista Editores

C/ Mesón de Paredes, 73

28012 (Madrid, España)

info@puntodevistaeditores.com

puntodevistaeditores.com

[@puntodevistaed](https://www.instagram.com/puntodevistaed)

Coordinación editorial: Miguel S. Salas

Corrección ortotipográfica: Luis Porras

Diseño de cubierta e interior: Ezequiel Cafaro

ISBN: 978-84-18322-59-4

THEMA: FBA

Depósito legal: M-22077-2021

Impreso en España – *Printed in Spain*

Artes Gráficas Cofás, Móstoles (Madrid)

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com

9	Uno
45	Dos
73	Tres
111	Cuatro
133	Cinco
161	Seis
185	Siete
197	Ocho
213	Nueve

Esta novela, si bien se inspira en algunos hechos que sucedieron realmente, es una obra de mera fantasía. Por tanto, cualquier referencia a hechos, lugares o personas reales es puramente casual.

Uno

Es él quien está llamando a la puerta y me despierta. No son siquiera las cinco y media. Bajo las escaleras, le abro, y lo veo en medio de la oscuridad bajo el paraguas, con la camisa desabrochada, en pantalones cortos y descalzo. Entra aire frío y está lloviendo. Corro adentro a vestirme y salgo de nuevo. En la pared, colgado de un clavo, está el termómetro que me regaló Vittorina. Cinco grados. Bueno, me digo, tampoco es para tanto. Será que no estoy acostumbrado a levantarme tan temprano.

Ayer había visto pasar a Felice mientras estaba en el patio de mi *baita*.¹ Era una tarde soleada, pero en las cumbres de las montañas se iban adensando las primeras nubes grises que oscurecerían el cielo ya antes del atardecer. Yo estaba barnizando la puerta de la leñera cuando pasó. Vestía igual

1 *Baita* (pl. *baite*): nombre que recibe en el entero arco alpino la casa tradicional de piedra y de madera, con tejado de losas de piedra (*piodi*). Con el término hace referencia ya sea a las pequeñas cabañas de pastores como a las casas tradicionales de los pueblos, e incluso a chalés modernos siempre que respeten la arquitectura tradicional. En la obra se usa el término indistintamente. [Todas las notas al pie en esta edición son de la traductora].

e iba descalzo, como ahora, con una bolsa llena de caquis en la mano. Intercambiamos algunas frases convencionales, y luego le pregunté si me permitía acompañarlo durante el día, así, solo para vivir un poco como vivía él...

Bajamos los tres escalones de piedra a paso ligero y nos adentramos en la niebla, bajo la lluvia, por el sendero empedrado que zigzaguea entre las casas. Son *baite* antiguas, de hace siglos, imponentes como las piedras de sus paredes, con las vigas del techo combadas bajo el peso de las *piode*, las losas de piedra del tejado, y con sus ventanucos todavía mudos. La luz de alguna farola instalada por el Ayuntamiento nos ilumina un poco el camino.

En el pueblo, desde siempre, se murmura que Felice, cada mañana, antes de que cante el gallo, se encamina hacia quién sabe dónde y va a meterse en cueros en una poza de agua helada. Hay quien dice que lo lleva haciendo desde siempre; otros, que ha empezado a ir después de un viaje a Rusia en los años sesenta; y alguno, que empezó a hacerlo después de jubilarse. La poza, según unos, se encuentra en el curso del torrente Gurundin, por la zona del pinar de Selvaccia; según otros, en el torrente Altaniga, entre la alquería de Celso y el caserío de Tognola; e, incluso, hay quienes creen que está en la cima del Alpe de Gualdo, a mil seiscientos metros de altitud.

Dejando el pueblo atrás, enfilamos la carretera cantonal que desde Leontica asciende hacia el Nara. Nada más oír el chapoteo de los pies desnudos de Felice sobre el asfalto encharcado, el mulo de Vittorina empieza a relinchar en su cercado, un poco más adelante.

Cuando llegamos a la cerca, el animal ya está allí esperándonos, y Felice lo acaricia. Hago lo mismo durante un buen rato. Su pelo mojado y áspero se ha transformado ya en manto invernal. La lluvia repiquetea sobre la chapa del cobertizo.

Continuamos. Él, con ropa de verano, trata de protegerme de la lluvia arrimando su paraguas hacia mi lado.

Pasamos junto a la casa de Floro y de su gato el Rasta, un chamizo casi invisible en la oscuridad que Floro acondicionó a la buena de Dios hará ya una veintena de años, con tejado de uralita, sin corriente eléctrica, sin cédula de habitabilidad, con agua traída hasta la casa por un tubo de goma desde un torrente y, por excusado, el vecino bosque de fresnos. Las ventanas están completamente a oscuras, Floro duerme todavía. Proseguimos.

Una vez, Floro me dijo que lo de la poza era una trola. Que sí, que era verdad que Felice andaba y andaba por el monte como un viejo lobo estepario y que, incluso, hacía años, mientras las fuerzas se lo permitieron, subía y bajaba corriendo, porque, como él decía, era el único deporte para el que no se necesitaba nada. Salía de casa y empezaba a correr. «Pero, muchas veces, ni siquiera él sabe adónde va —añadió—. Como una vez que lo vieron merodear a las nueve de la noche en lo alto de Cancorì, con una bolsa en la mano, en las proximidades del restaurante Genzianella, y él decía que había ido a buscar espárragos silvestres».

Dejamos la cantonal en la curva del Viejo Alerce, un árbol centenario y solitario, y cortamos por una pista de montaña adentrándonos en la planicie de Sella. Sella es como una terraza de un kilómetro de lado que se extiende desde la margen superior del pueblo hasta la orilla inferior del escarpado pinar de Selvaccia. Está delimitada, por un lado, por la profunda garganta del torrente Gurundin y, por el otro, por una rampa que asciende con curvas de herradura hasta el Nara. Una planicie con pastizales, algunas granjas y dos o tres *baite* nuevas, de vacaciones. A lo lejos distinguimos la granja del campesino Sosto. Un farolillo en la fachada nos guía hasta su puerta.

En el pueblo también dicen que, en invierno, Felice ha de romper el hielo que se forma sobre la poza, y que lleva consigo jabón para lavarse. Y que temen que un día, antes o

después, se quede en la poza helada, tieso como un garrote. ¿Y quién lo encontrará entonces? Lo devorarán las alimañas.

Sosto, cuarenta y cinco años, rostro curtido de montañés, barba y pelo desaliñados, y un Parisienne en la boca, anda maniobrando con la ordeñadora mecánica y masculla improprios sin cesar porque se le han doblado los tubos y no chupa nada bien. Lo dejamos a lo suyo y reemprendemos el camino.

Avanzamos casi a oscuras, oyendo el chapoteo de nuestros pasos en el barro. La luz amarillenta de un farol ilumina el puentecillo de madera sobre el torrente Altaniga. Si ya hemos empezado a subir bordeando el curso de agua, me pregunto dónde estará la poza. Pero continuamos.

Algo más adelante hay otro puentecillo, también este de madera, que atraviesa el torrente Gurundin. Lo cruzamos. Aquí la pista termina en una pequeña explanada que permite maniobrar a los coches, y la mortecina luz del último farol se refleja en los oscuros charcos trémulos. Ante nosotros aparece el sombrío pinar de Selvaccia.

Felice cierra el paraguas, se desvía a la derecha y desaparece engullido por la oscuridad. Trato de alcanzarlo, pero tras adentrarme unos pasos me detengo con un estremecimiento. No veo absolutamente nada. Espero a que mis ojos se acostumbren. Nada. Aguanto la respiración y escucho atentamente. Oigo que se mueve varios metros más allá. Bueno, me digo, al menos aquí estoy a resguardo de la lluvia.

Voy subiendo a paso lento por un sendero escarpado y resbaladizo que no consigo ver —tengo que imaginármelo—, y camino clavando el borde de las botas en el suelo, levantando las rodillas para no tropezar en una piedra o en la raíz de un abeto o en cualquier otra cosa, y con las manos delante de la cara, por miedo a que una rama se me clave en un ojo.

—¡Felice! —lo llamo.

—¡Eh! —responde su voz surgiendo de la oscuridad.

—Nada. Llamaba para saber dónde estás.

Son las primeras palabras que intercambiamos. Al cabo de un buen rato me suelta: «¡Ten cuidado, no sea que acabes con las pelotas por el aire!». Lo dice en voz baja. Será por respeto al silencio que reina en el bosque...

Como todos los habitantes de Leontica, Felice solo habla el dialecto del valle de Blenio, al que llaman también valle del Sole.

—¡Felice! —llamo de nuevo, también yo en voz baja.

—¡Eh!

—¿No tendrás una linterna?

—¿Una linterna? Creo que sí, una linterna debo de tenerla por algún lado.

Llevamos subiendo un cuarto de hora, calculando a ojo, cuando, de pronto, se oye un chasquido, como el de una rama rota, seguido del ruido de pasos pesados que se alejan velozmente. Me paro sorprendido.

—¿Ciervo? —pregunto.

—Eh, sí, será algún ciervo. Esto está lleno de ciervos —me llega su voz tranquilizadora. Continuamos.

Por fin logro acercarme. Oigo su respiración y el leve rumor de sus pisadas. Minutos después, empiezo a distinguir sus pantorrillas grises ahí delante, a dos o tres metros, y los troncos negros a nuestro alrededor. La negra espesura del bosque sobre nuestras cabezas empieza a ralear. Quién sabe qué hora será, estará amaneciendo, me digo. Al poco oigo el tañido lejano de una campana, luego otro, y otro más. Son las campanas de Leontica que tocan el avemaría de las seis y media. Una melodía límpida y alegre. Felice se para, se gira en dirección al valle y se queda así, absorto, hasta que las últimas notas suspendidas en el aire se alejan lentamente y para siempre.

Una vez fuera del bosque la cuesta se atenúa y Felice acelera el paso. Caminamos por entre una miríada de oscuras matas de arándanos y de arbustos de rosas alpinas, quizá

también algunas azaleas, en la penumbra todas se asemejan. Aquí y allá se vislumbran las siluetas negras y bajas del pino mugo, y las esbeltas de los abetos solitarios. Sigue lloviendo, y un viento insufrible sopla ásperamente azotando la cara. Me moquea la nariz, la limpio con la manga fría y mojada del jersey. Pero el resto del cuerpo está acalorado.

Ahora empieza a ser visible el sendero bajo mis pies. Es un surco de un palmo de profundidad y tres de ancho, como los que hacen las vacas en los pastos de altura. Oigo el rumor del torrente Gurundin a mi derecha, pero no logro verlo aún. Haciendo un cálculo aproximado, llegados a este punto, habremos ascendido a unos mil quinientos metros de altitud. Aunque no estoy muy seguro, porque todavía no consigo orientarme y he perdido la noción del tiempo. He dejado el reloj en casa y tampoco traje el móvil. Total, ¡quién iba a llamarme a estas horas! Tampoco Felice lleva reloj. Él camina ligero delante de mí, va descalzo a pesar del frío y no lleva más que unos pantalones cortos sacados de un par de tejanos, una camisa de franela de manga corta desabrochada y el paraguas abierto.

El pasado mes de septiembre Felice cumplió noventa años.

Acompañados por el murmullo del torrente Gurundin a nuestra derecha, a cada paso distingo mejor las formas y las distancias. Las nubes se están levantando y los perfiles oscuros de las montañas comienzan a recortarse contra el cielo, que poco a poco empieza a clarear.

Por fin, tras un interminable periodo de silencio, Felice se detiene y dice: «¡Bueno!». Me paro yo también para recobrar el aliento y entonces la veo.

Una mancha plomiza entre las rocas negras.

La poza.

Felice se desnuda. Su piel, en contraste con la oscuridad de alrededor, parece resplandecer. No lleva calzoncillos. Cuelga

los pantalones y la camisa de una rama de abeto, allí al lado, y, sin pensarlo dos veces, se sumerge por entero en la poza desnudo completamente, tal como decían en el pueblo. Me quedo quieto, conteniendo la respiración, temeroso de que cualquier mínimo movimiento pueda distraerme de este momento.

Está sumergido en el agua, solo tiene fuera la nariz, que exhala vapor. Busco resguardo de la lluvia bajo el abeto, aunque esté empapado ya casi completamente, y espero allí. Pero, al poco, siento que se me enfrían los hombros y comienzo a tiritar. Sacudo el cuerpo con los brazos, me froto las manos, doy patadas en el suelo con las botas. Espero.

Él se incorpora, sale de la poza, se protege de la lluvia con el paraguas y, girándose de espaldas, se queda inmóvil como una piedra contemplando los puntitos blancos de las farolas allá en el fondo del valle. Entonces miro la oscura poza. Pero quién me mandaría a mí hacerlo, me digo. Tengo frío, llueve, está todo a oscuras... Pero he sido yo quien se lo ha buscado solo. Me desnudo y me meto pegando un salto y gritando no sé qué. Y me descalabro las rodillas contra el fondo pedregoso.

Quisiera dejar solo la nariz fuera como hacía él; pero no resisto, hace demasiado frío. De un salto me pongo a su lado. Aproxima un poco el paraguas y me tapa con él. Quedamos así, desnudos y en silencio, dejando que nos seque el aire.

Ahora se está abriendo el cielo, ya casi ha dejado de llover, y tras el Simano empieza a clarear. Una vez nos hemos secado y vestido, nos encaminamos hacia el sol naciente.

Lenguas de niebla se elevan veloces desde el fondo del valle y, flotando, se dejan rascar la panza por las puntas de los abetos. Después nos alcanzan y nos envuelven para acariarnos, frías y húmedas, hasta que me impiden ver más allá de tres o cuatro metros alrededor. Y aquí arriba, en lo alto de la montaña, con una niebla así, uno se podría perder o se podría sentir todavía más solo.

Felice parte la punta tierna de una ramita de pino mugo que ha salido de la nada, se la mete en la boca y mastica sin tragarla. La mordisquea como si fuera un chicle. Después la niebla se aleja, las nubes se abren dejando que penetre un rayo de sol hasta nosotros y el valle se enciende.

Desde la pequeña explanada bajamos ligeros y silenciosos por la pista entre hileras de castaños y fresnos deshojados. Fresnos con vistosas cicatrices a la altura de la boca de los ciervos, con las cortezas mordidas por el hambre de los inviernos pasados. Caminamos sorteando las rodadas de lodo que han dejado los tractores a su paso. Nuestras huellas de hace una hora son en parte aún visibles y en parte ya han sido absorbidas por el fango. A nuestro alrededor se extienden los prados bañados por la lluvia y en el aire flota un aroma fresco.

Antes de entrar en el establo de Sosto, Felice escupe el pino mugo. Ahora la máquina está ordeñando a pleno régimen. Sosto está de pie, inmóvil, y controla el nivel de la leche en un bidón.

—¡Trabajador! —le dice Felice. Y, al vernos, el campesino, con la mirada fija en el número de litros, exclama—: ¡Eh!

—¡Sosto! —lo saludo yo también.

Se vuelve y me interroga con sus ojillos. Estoy a punto de decirle que la poza existe de veras, que está arriba, después del pinar de Selvaccia, en el Gerundin... Pero Felice me lanza una mirada llena de reserva.

—¡Bueno, nos vamos! —corta—. ¡Adiós, eh!

—¡Adiós, Sosto! —me despido yo también.

—¡Ah, vale! ¡Adiós! —responde.

Fuera del establo está su Haflinger militar con el pequeño remolque enganchado para el transporte de los bidones de leche. Sin matrícula. Su padre, Anselmo, que en paz descansa, lo compró hace varios lustros, en una subasta

del ejército suizo en Thun. Continuamos bajando hacia el pueblo a paso de marcha. Sacudo las botas contra el asfalto para que suelten el barro. Los pies de Felice se limpian solos en la hierba mojada del borde del camino.

Floro parece que sigue durmiendo, todo está inmóvil, incluso la chimenea. Ahora su chamizo, en realidad un establo amañado de cualquier manera, es bien visible. Parece un escupitajo entre cuatro chalés de veraneo con las contraventanas cerradas, antenas parabólicas, tejados nuevos de *piode* perfectamente iguales, cercas de castaño y marquesinas para coches. Pienso por enésima vez que la casa de Floro es, sin duda, la oveja negra de Leontica.

El mulo, resoplando entre el aire cortante, viene de nuevo a nuestro encuentro para que lo acariciemos. Lo contentamos. De sus narices salen exhalaciones de vaho malolientes.

Una vez en el pueblo, Felice se dirige a su casa y va al cobertizo a coger leña. Yo me acerco un momento a la mía a quitarme la ropa húmeda y después me reúno con él. Lo encuentro sentado en una silla con las piernas cruzadas contemplando una grieta del enlucido de cal de la pared. No comento nada, acerco una silla a la pequeña mesa sin mantel y me siento también. La cocina económica está encendida, los leños crepitan y el aire es templado.

El agua, que ha empezado a hervir y salpica fuera del cazo, hace que Felice se levante. Saca de una caja de cartón unas hierbas secas y las echa dentro en infusión. Abre un cajón del aparador, introduce la mano y extrae una barrita de chocolate. De otro cajón saca el pan envuelto en un periódico, lo desenvuelve y coloca la hoja de papel en medio de la mesa, luego pone sobre él unas castañas asadas que saca de otra caja de cartón. Después abre una ventana, y del alféizar coge un yogur en vaso de cristal y me lo pone delante. Sirve la infusión hirviendo en una taza y me dice: «¡Venga!». Gira

su silla y se sienta enfrente. En un dos por tres me ha preparado un desayuno: una tisana de hierbas secas, un yogur de avellana, chocolate negro, pan y un puñado de castañas asadas, ¡frías y duras como piedras! La tisana está amarga, pero, al menos, en un segundo, me quita los escalofríos que traía en el cuerpo. Mientras me sirvo otra taza, mete una astilla dentro de la cocina económica y regula el tiro de la chimenea, luego sale dejando la puerta entreabierta.

Ha escampado completamente y el viento ha dejado de soplar. El sol es tibio, se encuentra a un palmo sobre la cima del Simano. Arremango el jersey y me acomodo en el poyo de granito que hay a la derecha de la puerta de entrada. Permanecemos así, inmóviles y mudos, como dos lagartijas con las espaldas apoyadas en la pared de piedra de la *baita*.

Un velo de niebla allá abajo, en el valle, oculta los pueblos de Dongio, Acquarossa y Lottigna. El perro de la maestra Sabina está ladrando detrás de la casa y a lo lejos otro le responde. También hoy, al igual que ayer, en el cielo sobre nuestras cabezas hay un continuo ir y venir y un gorjeo constante de vencejos. Centenares y centenares. Están formando las bandadas para emigrar. Como guiados por una mano invisible se posan todos juntos sobre los cables del tendido eléctrico, se alzan a la vez, hacen un vuelo rasante por encima de los tejados de *piode* de las casas y de nuevo regresan a los cables. En los últimos años emigran cada vez más tarde. Por desgracia el calentamiento global ha llegado también aquí arriba, a Leontica.

Felice está sentado al sol en el banco de la izquierda con los ojos cerrados. El viejo rostro surcado por el paso de las estaciones, los brazos robustos y los pies callosos y ásperos como la corteza del Viejo Alerce. Quizás advirtiendo que lo miro, mueve los labios y musita: «Ha llegado el frío», como si pensara en voz alta. Aparto la mirada. «La nieve está a las puertas —oigo que comenta—, ya viene el invierno».

Contemplo, entonces, la veta gris del Simano; después, el vuelo de los vencejos con sus estridentes gorjeos; y, por último, el huerto. Un huerto bien cuidado, con bancales escuadrados y verduras de hojas sanas, la tierra abonada, suelta, húmeda. Hay patatas, lechugas, rábanos, puerros, cebollas, ajos, perejil, apio, acelgas, romero, salvia, lavanda, menta, tomillo, malva... Hay también un entramado de palos de abedul y de haya por el que este verano trepaban las judías. Yo le regalé una papeleta de semillas y brotaron tantas plantitas que las judías las iba regalando por ahí en los cubos de pintor. Contra la tapia que rodea el huerto tiene el compost. En la esquina izquierda, un viejo peral se inclina hacia el valle con una decena de peras en lo alto. En el extremo derecho hay un gran caqui, cargado hasta tal punto que algunas ramas casi tocan el suelo. Me levanto, alargó la mano y cojo uno. Me lo como con cuidado, para no pringarme del todo.

—¿Quieres algo del huerto? —me pregunta permaneciendo completamente inmóvil a excepción de los labios.

Desde aquí se ve una esquina de mi *baita*: la puerta de entrada, la de la leñera, el tejado de *piode* y la chimenea. En esa casa estuvo la quesería del pueblo. Hace tiempo, antes de la guerra, allí se hacían quesos y mantequilla; después, una vez acabada la contienda, se convirtió ya solo en el depósito de la leche: toda la de las vacas del pueblo acababa allí, en un enorme tanque refrigerador. Pero la gente siguió llamándola *quesería*, y aún hoy, que vivo yo en ella.

Emilio me contó que hace un tiempo, aquí, en Leontica, había vacas por todas partes y un establo en cada esquina: al otro lado de la plaza, algo más abajo del cementerio, detrás del bar..., y más arriba, subiendo hacia el Nara y en la planicie de Sella, y desde allí hasta Negrentino. Por todas partes. Incluso, quienes no eran campesinos tenían una vaca en la parte de atrás de la casa, para la leche. Y cerdos de ceba. Y ovejas, cabras, conejos y gallinas. De septiembre a junio,

cuando las vacas bajaban de los pastos de altura, en la *quesería* entraban hasta mil litros de leche al día. ¡Mil! Emilio trabajó en ella durante muchos años. Desde finales de los cincuenta hasta principios de los sesenta transportaba la leche de Leontica a Biasca en una camioneta. Arriba y abajo dos veces al día. Hasta que a la *quesería* ya estaba a punto de caérsele el techo encima, y entonces mis padres la compraron para venir aquí de vacaciones. La arregló Felice cuando yo todavía era un niño. Ahora es una señora *baita*, y hace un año he venido a vivir a ella huyendo de la ciudad.

El depósito de la leche lo trasladaron a la sede actual, un local más moderno y más higiénico, que está en la planta baja de la casa consistorial. Un local construido de acuerdo con la normativa vigente, con depósito isotérmico refrigerante de acero inoxidable y una capacidad de cuatro mil litros. Antes subía un camión cisterna desde Biasca dos o tres veces a la semana para vaciarlo. Ahora viene solo los lunes a buscar la leche de Sosto. Cuando Emilio perdió el empleo, vendió la camioneta y, para salir de apuros hasta la jubilación, estuvo trabajando con Felice restaurando casas y granjas, construyendo muros y reparando tejados de *piode*.

Felice ha trabajado de albañil toda su vida a lo largo y ancho del valle de Blenio. Una de sus últimas obras fue el tejado de la vieja fuente del lavadero que hay aquí, delante de su casa. El agua corre todo el año por él, incluso en invierno. No se hiela nunca. De vez en cuando alguien lo usa aún para lavar mantas demasiado grandes que no caben en la lavadora. De pequeño, junto con los otros niños del pueblo, le tapábamos el agujero del desagüe y nos bañábamos jugando.

—No —le respondo, contemplando una vez más el huerto—, no necesito nada. Si necesito algo, ya te lo pido.

Entonces da un profundo suspiro, se levanta del banco y dice: «¡Vamos allá!». Da unos pasos y se pone a escardar a

mano el sembrado de los puerros. Lo hace con los dedos como se haría con una azadilla, con precisión y método, de izquierda a derecha, trazando un cerco alrededor de cada plantita. Antes de enderezarse de nuevo, recoge y aprieta un puñado de tierra, abre el puño y observa la pelota oscura, húmeda y compacta, la huele, después la deja caer desmenuzándola. Por último, arranca una hierba. Creo que era la única, por lo que he podido ver. El huerto está cuidado con esmero. Recoge dos ramitas de romero y entra en casa. Enseguida sale con la hoja de periódico doblada en una mano y el cazo en la otra, y va a tirar en el compost las cáscaras de castañas, las migas y las hierbas usadas para la tisana. Después entra de nuevo. Detrás entro yo también y cierro la puerta a mis espaldas.

Está sentado a la mesa desmenuzando el romero sobre una tabla de picar. Lo hace con un cuchillo que ya tiene la hoja desgastada tras quién sabe cuántas afiladuras. Me siento a mirarlo. El romero desmenuzado lo mete en un cazo lleno de agua casi hasta el borde y le añade una pizca de sal. «No demasiada, porque la sal no es muy saludable», dice pensando en voz alta. Pone el cazo en la parte menos caliente de la chapa de la cocina, y luego lava el cuchillo y la tabla de picar en el fregadero. Para terminar, coge una escoba de brezo de detrás de la puerta y barre el suelo de losas. Después me dice: «¡Vamos!». Y sale de casa.

Mientras tanto, ha llegado Emilio al huerto. Ochenta años, aspecto distinguido. Merodea con una hoja de lechuga en la mano escrutando el terreno como si buscara algo. Felice lo observa con interés, luego le dice:

—Está algo fría esta mañana

—Bueno, pero al menos algo encontraré, ¿no? —le responde Emilio.

Felice sale y yo lo sigo. A mano derecha hay un cobertizo donde apila la leña y aparca el coche. Un viejo Suzuki azul, tan pequeño y estrecho que le permite pasar entre las

casas por el sendero adoquinado para salir a la carretera, que está en la esquina de mi casa.

Montamos en el coche, nos abrochamos los cinturones de seguridad, Felice mete la llave y la gira hasta la primera muesca. Con una mano al volante y la otra en la palanca del freno de mano, me mira y me dice: «¿Empujas?». Desabrocho el cinturón y bajo. Felice suelta el freno de mano y el Suzuki sale despacio marcha atrás del cobertizo. Con un empujón lo ayudo a virar en la dirección precisa, después le doy otro empujón para acelerar. Mete la marcha y el motor arranca. Lanzo una última mirada a Emilio, que continúa buscando algo entre el sembrado del huerto. Subo al coche y marchamos. Me pregunto adónde iremos; pero me dejo llevar.

Tras unos trescientos metros, aparca en la plaza. Un ciclista está llenando su cantimplora en la fuente. Está sudando y tiene la cara encendida. Hace poco que ha subido pedaleando desde el fondo del valle: algo más de cuatro tortuosos kilómetros de curvas cerradas esculpidas en la roca. Fuera del bar Gallo Cedrone, hay dos o tres campesinos con un tinto en una mano y un cigarrillo en la otra. Los saludamos y entramos en la tienda de Marietto.

Tiene casi cincuenta años y es de Corzoneso, el pueblo de más abajo. Vive con su madre, Giacinta, una viuda inválida que va a cumplir ochenta años y está condenada a permanecer en su lecho. Marietto trabaja desde siempre en la tienda que abrió su padre, Avelino, ya fallecido. Es algo corto de entendederas, muy reservado y de pocas palabras; y, si está cortando jamón, ya no habla en absoluto. Además, tiene la pésima fama de ser un baboso con las mujeres.

La campanilla de bronce sobre la puerta repiquetea y anuncia nuestra llegada. Una pareja de turistas de Lucerna que vive en un chalé situado un poco más arriba de la estación del telesilla ha pedido que les prepare unos bocadillos. Él es un tipo de aspecto corriente, de unos cuarenta años,

y lleva botas de paseo y anorak de montaña. Ella, una llamativa rubia toda culo y piernas. Marietto finge que no nos ha visto entrar, y tiene el ojo derecho de mirada atollada sobre la cortadora de embutidos y el izquierdo revirado hacia el trasero de la lucernense. Felice coloca sobre el mostrador su compra —chocolate, yogur, pan, cerillas, jabón— y espera. La preparación de los bocadillos de jamón va para largo. Entonces, saca un pequeño fajito de billetes del bolsillo de los pantalones, deja uno de veinte francos junto a la caja, recoge la compra y salimos haciendo que resuene de nuevo la campanilla.

Había aparcado el coche en ligera pendiente. Cinturones, llave, embrague. Mete la segunda y quita el freno de mano. El coche toma un poco de velocidad, Felice suelta el embrague y el motor arranca. Dejamos Leontica a nuestras espaldas y descendemos hacia el fondo del valle. Tras algunas curvas, Felice se detiene al borde de la carretera, apaga el motor, tira del freno de mano y sale. A la orilla del lecho de un torrente, que está seco desde que yo recuerde, hay algún castaño centenario. Veo que se dirige hacia el primero. Saca del bolsillo del pantalón una bolsa de plástico y empieza a recoger castañas con cuidado de no pisar ningún erizo con los pies desnudos. Bajo yo también y lo ayudo. Recojo un puñado y las miro. Son pequeñas, demasiado pequeñas, me digo.

—Estas son delgadas, salen después de las otras. Son castañas tardías —me explica, como si me hubiera leído el pensamiento.

Nos detenemos de nuevo en Corzoneso y aparcamos en cuesta frente a la iglesia. Felice coge la bolsa con las castañas y echa a andar. Lo sigo sin preguntarle nada. Dos ancianas con batas desgastadas en los codos y alguna mancha de grasa en la delantera, sentadas en un banco de la plazoleta, contemplan los vuelos acrobáticos de los vencejos como en un teatro.